—Parece que proteges los asilos del distrito. El periódico habla esta mañana de tus liberalidades.

La joven se puso colorada, pero respondió tranquilamente:

—¡Ah! ¿La capilla de esos pobres enfermitos? Sí... Tenían que decirles misa en el refectorio, porque no pueden ir á la iglesia: había que llevarlos. Ahora estarán muy cómodos.

—¿Quién te ha indicado ese Asilo?

—El cura de Précigny.

—¡Ah!—dijo Nuño.

Y su voz, que procuraba dulcificar cuando hablaba á su hija, se hizo áspera, como cuando trataba los asuntos financieros. Miró á Ester hasta el fondo de los ojos, y añadió:

—¿De modo que conoces al cura de Précigny?

—Sí, papá.

—¿Quién te ha presentado á el?

—Nadie. Le he encontrado visitando enfermos. Es un digno sacerdote, muy sencillo, muy anciano, notablemente instruido, y al que sólo su modestia ha impedido ser obispo; un alma de apóstol, una timidez de niño.

Estas palabras, muy inocentes, tuvieron el don de desagradar á Nuño, tanto como si hubieran sido criminales. Las relaciones de su hija con el cura de Précigny le contrariaron extraordinariamente, y hasta le alarmaron. Recordó que el cambio de carácter de Ester había coincidido con aquellas relaciones. Sospechó de la honrada Faverger, y reaparecieron sus antiguas prevenciones contra la institutriz. Pensó:

«¿No he hecho una locura al dejar esta católica al lado de mi hija? No podía darle más que malos consejos. Jamás la impulsará en el sentido que yo quisiera. Su naturaleza, sus ideas, sus tradiciones, aun siendo leal y delicada, la arrastrarán inconscientemente á aconsejar á Ester desde el punto de vista cristiano. Pero ¿qué es lo que tiene esta niña en la cabeza? Está desconocida desde que nos instalamos en la Chevrolière. Ya es tiempo de que la case. Si tardo, puede escapárseme.»

Estas reflexiones cruzaron por el espíritu de Nuño, y acabaron por hacerle desconfiar. Con su sutileza nativa penetró claramente el secreto que agitaba á Ester. Sólo que no descubría las verdaderas causas. Se alarmaba instintivamente. ¡Cuál no habría sido su terror si hubiera sabido que su hija, en varias ocasiones, había encontrado á Clemente de Pont-Croix y le había hablado, y que los tumultuosos movimientos de su alma eran la consecuencia única de estos encuentros!

Pero como, ante todo y siempre, Nuño trataba de ocultar sus impresiones á fin de impedir que penetraran en su pensamiento y de conocer mejor el pensamiento de los demás, se echó á reir y dijo á su hija:

—Me agrada que conozcas á ese buen hombre. Si hay necesidad de algo que exceda de tus recursos, me lo dices.

—Gracias, papá, pero tengo mucho dinero.

—Es verdad; no gastas nada para tí. No hay que ser tan modesta, hija mía. Es un deber el gastar; esto hace que el comercio prospere. Y sin comercio no hay Bolsa.

Aquella misma noche confió sus inquietudes á Manuela. La condesa habitaba en la Chevrolière un departamento situado en un ala del castillo, y servido por una elegante escalera encerrada en una torrecilla, y que permitía encaminarse directamente á la biblioteca sin seguir los corredores y la escalera principal. La biblioteca estaba entre el despacho de Nuño y la sala de caza, lugar de reposo de los invitados al volver de las batidas, donde encontraban grandes canapés, profundos sillones, mesas de juego, veladores cargados de servicios de té, de emparedados, de pasteles, y del famoso dorado Oporto, que Selim recibía directamente de su país. Por aquella escalera podía el banquero subir, sin ser visto, á las habitaciones de la Sra. del Peral. Habitando su hija al lado de la portuguesa, no se veía obligado á pasar por delante de la puerta de Ester, á riesgo de encontrarse cara á cara con ella.

En cuanto á Brucken, así como Termont y los invitados, vivían en un cuerpo de edificio posterior, unido al castillo por una galería, y al que se llamaba «La soltería». Allí todos juntos, hombres solos, servidos por criados ingleses, tenían libertad para fumar, hacer ruido, andar por los corredores en ropas menores, sin temor á molestar á los huéspedes de marca.

Aquella noche todo el mundo se había retirado temprano, y Nuño, pasando por su despacho, llegó al *boudoir* de Manuela. La joven, vestida con un peinador de crespón de China de color de rosa, miraba con el rabillo del ojo, fumando un cigarrillo de

tabaco turco, á Nuño, que se paseaba con aire preocupado Al cabo de un instante le dijo:

—Selim, no creo que hayas venido aquí esta noche para pasear... Con tu paseo me mareas... O siéntate, ó vete á pasear á tu cuarto.

El banquero se detuvo, tomó una silla, la acercó al sofá, y se sentó junto á la joven.

—Estoy muy disgustado, Manuela,—dijo,—muy disgustado.

—¿Crees que no lo noto? Vaya, dí lo que te pasa.

—Mi hija me inquieta desde hace algunos días.

—¿Nada más? Andas muy atrasado de noticias. A mí me inquieta hace más de un mes.

—Manuela, ¿que pasa en su cabeza? ¿Está así á causa de nosotros?

La joven sonrió, y dejando caer el cigarrillo, contestó:

—¡No! No es á causa de nosotros. Tiene otro motivo de preocupación.

—¿Cuál?

—Ha trabado conocimiento con un héroe de novela, y está en camino de enamorarse de él.

—¿Mi hija?

—Ester Nuño, sí, querido amigo. He aquí lo que nunca habrías descubierto en la Bolsa.

—¿Quién es ese hombre?—dijo Selim, cuyo rostro se puso de color de púrpura.—¿Dónde lo ha encontrado?

—A tu puerta. Y encuentra su recuerdo en todos los rincones de tu castillo, en todos los recodos de tu parque. Su nombre está grabado sobre las pie-

dras, sobre la verja, está incrustado en el suelo de la Chevrolière. Ausente, está, sin embargo, aquí siempre presente... ¿Has comprendido?

Selim no respondió al pronto; luego, con voz ahogada, dijo:

—¿El marqués de Pont-Croix?

—El mismo, ya sabes quien es?

Nuño levantó bruscamente la cabeza, y clavando en la portuguesa sus ojazos de escrutadora mirada:

—¡Tú lo conoces bien, Manuela! Me han dicho que te ha amado...

La joven hizo castañetear sus dedos, y mirando á Selim de arriba á abajo, con una mueca coquetona:

—Todos me han amado. Él, lo mismo que los demás. Pero yo no he amado nunca más que á uno. y éste bien sabes quien es. Pont-Croix no es por eso menos amable. Y para una joven de imaginación algo romántica, su vecindad es peligrosa.

—¡Pero está loca!—Exclamó Nuño.—¿Qué cree? ¿Qué espera?

—¿Acaso hay necesidad de esperar para amar?

—En cuanto á él, ya veo su interés...

—No ves nada,—interrumpió vivamente Manuela.— No pienses ni por un segundo en un cálculo de su parte. Está por encima de toda sospecha. ¿Clemente de Pont-Croix, pensar en ser yerno de Selim Nuño? ¿Él, cristiano, hijo de los cruzados, sobrino de un arzobispo, casarse con una judía? ¡Eso es una locura inverosímil! No temas que esto suceda nunca. Aunque dieras cincuenta millones á Ester, no se casaría con ella.

—¡Muy difícil de contentar es!—dijo Nuño, casi

ofendido.—Por lo demás, jamás se la concedería, aunque fuera sin dote. ¿Pero cómo estás tan bien informada sobre lo que piensa?

—¡Eh! He hablado con él en casa de los Prefont... Casi me hiciste una escena de celos... Y, ya ves, me ocupaba de tí... Pues bien: cuando dije á Pont-Croix que Ester debía casarse con Brucken, ni pestañeó... No temas nada de él, pero témelo todo de tu hija.

—¿Qué hacer en tales circunstancias?

—Apresurar el desenlace: casarla con Huberto.

—¿Pero consentirá ella?

—¿Por qué no había de consentir?

—¿Es de carácter para casarse con un hombre sin amarlo?

—Sí, si se le demuestra bien que el que ella ama la desdeña. Si eres hábil, conseguirás mucho por orgullo. Pero, ante todo es preciso que Brucken se declare oficialmente.

—Mañana mismo.

—Yo le prevendré, si quieres, que ha llegado el momento, y que será favorablemente acogido. Después hablarás á Ester, y, según que acepte ó rehuse, adoptarás la línea de conducta que te parezca.

—Cuento mucho con tus consejos, Manuela.

—Tienes razón. Sabes que amo á Ester como si fuera su madre...

—Bien pronto lo serás... Pero siempre parecerás su hermana.

—Hermana mayor. Y mi experiencia me servirá para asegurar su dicha.

Mientras que se decidía así la suerte de Ester,

sin consultarle, la joven, en su habitación, pensaba preocupada que por la primera vez en su vida no había dicho la verdad á su padre. Es cierto que había encontrado al cura de Précigny visitando al hijo de Collard, pero le había sido presentada por alguno, y este alguno era Clemente de Pont-Croix.

Había, pues mentido. Pero le había parecido imposible pronunciar el nombre del marqués delante de Nuño. Parecíale que la mirada clarividente de su padre había leído hasta el fondo de su alma.

Vivía, hacía algunas semanas, en un estado de vaga turbación que encontraba muy dulce. No intentaba definirlo. Aquello era como un entorpecimiento de su espíritu, que no le dejaba la facultad de juzgar si obraba bien ó mal; una abolición de todo sentido crítico, que la entregaba, desarmada, al impulso instintivo de su ser. Y su ser la llevaba hacia Clemente.

No cesaba de pensar en él. Si se había interesado por el abate Pierquin, era porque había sido maestro de Clemente, y porque le amaba con ternura. El venerable sacerdote, sin sospechar que alimentaba una hoguera, había contado á Ester la infancia de Pont-Croix, cuando éste iba al presbiterio á aprender la doctrina. Y sobre este punto, el buen hombre era inagotable.

Olvidaba la religión á que pertenecía Ester, tanto más fácilmente, cuanto que ella misma la olvidaba, y, dichoso con las larguezas que la joven prodigaba á sus pobres, bendecía á la buena judía, que le parecía más cerca del cielo que muchas cristianas.

La Srta. de Faverger ayudaba á sostener la ilusión del cura. Ester hablaba de caridad, con la institutriz de religión, y llegaba á confundir en su reconocimiento la piedad de la una y la liberalidad de la otra.

Cuando el panaderito estuvo curado, y la joven no tuvo ya facilidad de encontrar al abate Pierquin en el jardín, bajo la ventana del enfermo, fué valerosamente al presbiterio.

Se entraba en él atravesando el cementerio, jardín lleno de flores, entre las cuales las cruces alzábanse melancólicas; lugar apacible donde todos los seres, todos los rangos, todos los cultos estaban confundidos en el común reposo. Allí cantaban los pájaros, y todo los días se paseaba el cura por las calles enarenadas, bordeadas de boj, al sol: leyendo su breviario.

Al lado estaba la iglesia, bien restaurada, de aspecto nuevo, con sus brillantes vidrios, regalados por el padre de Clemente.

Gustábale á Ester andar por aquel jardín de los muertos, hablando con el sacerdote.

Escogía, para ir á verles, las horas en que el clérigo acostumbraba á pasearse allí. Las conversaciones eran allí más graves; parecían más desprendidas de la culpable curiosidad que atraía á la joven.

Complacíase ésta más entre aquellas tumbas que en el presbiterio, donde le parecía que su presencia era inoportuna. Aquel era un terreno neutral donde el sacerdote y la judía podían conversar bajo los auspicios de la caridad.

Sin embargo, Ester no había dejado de encontrar

de parte de la Srta. de Faverger una seria resistencia. La buena señora se asustó mucho, al principio, de las relaciones de su discípula con el cura de Précigny. Juzgó muy censurable que se estableciera intimidad entre ambos, y se lo dijo á aquélla con su franqueza acostubrada. También á su aya disfrazó Ester la verdad por primera vez.

—¿Qué mal encuentra usted—le dijo—en que yo me sirva de este excelente hombre para hacer bien en el país? Ya sabe usted que fuimos recibidos con hostilidad... ¿No es buena política tratar de atraer los espíritus y conquistar los corazones? Usted ve qué discreto es este buen sacerdote; jamás habla de religión. Me deja, con un tacto perfecto, dueña de mis convicciones, no trata de atacarlas, no hace ningún acto de proselitismo. ¿Qué mejor prueba de moderación y de prudencia puede dar? Nuesto rabino no hablaría de otro modo que él, y, á no ser por su traje, podría yo creer que trataba con un ministro de mi culto.

—No por eso es menos cierto que la intimidad de usted con el cura de Précigny es una cosa comprometedora para usted y para él. Las gentes que no reflexionan como usted sobre los sentimientos, no comprenderán sus visitas al cura; les atribuirán un alcance que no tienen, y censurarán á usted por esa amistad con un sacerdote católico, como criticarán al abate por recibir á una judía, si no es para convertirla.

—Me pongo por encima del qué dirán.

—¿Pero qué responderé á su padre el día en que me pida cuenta de la manera de obrar de usted?

—Le responderá usted que no soy fácil de dirigir, y que no he hecho caso de sus buenos consejos.

—Entonces se asombrará de que no se lo haya advertido.

—¡Mi buena Faverger!...

—Mi deber es prevenirlo.

—¡Qué importancia á tan poca cosa!

—Si yo fuera judía tomaría el asunto menos á pecho. Pero soy católica, y esto me obliga á ser más escrupulosa.

—No quiero contrariarla. Cesaré, pues, en mis visitas, pero no exigirá usted que cese de dar á los pobres... Usted me servirá de intermediaria.

Así perdió Ester la ocasión única de oir hablar de Clemente. Y ésta fué para ella una privación dolorosa.

El corazón de la joven estaba ya, sin que ella se diera cuenta, lleno únicamente del marqués. Si alguien le hubiera dicho que le amaba, se habría espantado. Pero le amaba.

De aquí una turbación profunda que le hacía amar la soledad, y la alejaba, tanto como era posible, del ruido y de la alegría, en medio de las cuales vivían los huéspedes de su padre.